

## Salvando al lobo feroz

La pierna izquierda de Toño se durmió. Sin embargo, él se mantiene quieto. En silencio. Sabe que ser descubierto sería mucho peor. Jamás había visto a su mamá tan furiosa.

Todo comenzó hace seis días. Toño y su hermana, Vicky, se encontraban en medio de una misión importantísima.

- No hay moros en la costa.

- ¿Qué es un moro?

*Las niñas de cinco años son tan preguntonas a veces.*

- No sé. Así se dice cuando el camino está despejado.

Marcela, su madre, estaba en su cuarto; él la oía hablando por teléfono. María, la empleada, estaba en la cocina; él la oía hablando sola. Era hora.

- Vamos con cuidado, Vicky. La misión es de suma importancia. Si nos descubren, sería catastrófico.

- Prometo no hacer ningún ruido, Toño – respondió su hermana solemnemente.

El reloj del computador marcaba las 1:57 pm. Faltaban más de veinte minutos antes de que el lobo despertara para irse de cacería. El tiempo era limitado. La misión, la más peligrosa de todas. Todo estaba en juego.

Toño abrió lentamente la puerta de la guarida. El lobo dormía. Sus ronquidos lo hicieron brincar de la sorpresa, y se detuvo por un instante a desear que Vicky no se diera cuenta. Volteó a cerciorarse que ella no se hubiese asustado y arruinara todo. Estaba pálida.

- Quédate aquí. Voy yo. – susurró.

Ella asintió con la cabeza. Toño solo esperaba que no llorase. *La niñas de cinco años son tan escandalosas a veces.*

Toño se dirigió en puntas de pie hacia el cofre de los tesoros. Estaba donde siempre, en la esquina a la derecha de la puerta. ¡El lobo dejó de roncar! Rápidamente, Toño se puso de rodillas y contuvo la respiración. Ocho segundos después, los ronquidos reanudaron.

Siguió lentamente hasta el cofre, deseando que el piso se convirtiese en alfombra. En ese instante, el jueves nueve de julio de 2020, a las dos horas y cuatro minutos de la tarde, decidió que cuando descubriese una lámpara mágica, su segundo deseo sería ese.

Se acercó al cofre. Ya sentía la victoria al alcance de sus manos. El lobo seguía roncando. Haló de la puerta lentamente. El caucho de la puerta del cofre hizo un ruido al despegarse. Toño esperó cinco segundos, incapaz del más mínimo movimiento. Al no sentir ninguna reacción, extendió su mano y tomó el tesoro: deliciosa gelatina de mora.

- ¡Hermano, cuidado! ¡Es el lobo!

Vicky gritó y de inmediato Toño sintió el impacto de una almohada en su cabeza.

- ¿Para donde crees que vas, muchachito?

Los gritos de una niña de cinco años retumbaron por toda la habitación.

El lobo levantó a Toño por la camisa y lo depositó de espaldas en la cama. Entonces es cuando inicia su feroz ataque. Toño sintió garras dispuestas a hacer añicos su camisa. Escuchó la risa triunfante del lobo en medio de los alaridos de Vicky.

- ¡No me mates, lobo, por favor! ¡Perdóname! ¡Por favor, no me saques las tripitas!

- ¡Soy el lobo feroz, y me voy a comer a estos niños ladrones!

- Mamá, ¿qué escandalo es este?

El lobo y Toño se detuvieron cuando llegó Marcela.

- Tus hijos que estaban intentando robarse la gelatina de mi neverita otra vez.

- Mamá, mamá. El lobo nos descubrió y se va a comer a mi hermanito- dijo Vicky, mientras Marcela la cargaba.

- Antonio, te he dicho mil veces que no te comas las gelatinas de tu abuela. Las de ella tienen azúcar de dieta. Dile a María y ella les prepara merienda.

- Es nuestra misión rescatar los tesoros que tiene el lobo feroz.

- Mi merienda favorita son los niños atrevidos.

Toño corrió hacia las piernas de Marcela, buscando la protección de su madre.

- Mamá, tú sabes que Toñito tiene una imaginación activa, y que Vicky sigue a su hermano en todo. Por favor, deja de alimentarle estas cosas.

- Madre, deja de cohibir el libre desarrollo de mi personalidad.

- No me hables como un personaje de la tele, Antonio José. Sabes que me saca de quicio.

- Es solo un juego, mi amor.

- Ningún juego ni que nada, mamá. Estaba a el teléfono con un cliente, y de repente se escucha a la niña con unos alaridos espantosos. Me toca lidiar con cinco subalternas ineptas y decenas de clientes quisquillosos, por un celular. No puedo a eso sumarle dos niños inquietos y una abuela alcahueta. Tres niños inquietos contigo, mamá. Necesito la colaboración de todos.

- Mami, ¿estás rabiosa? – preguntó Vicky, a punto de llorar.

- No, mi amor.

- Si ya colgaste con las ineptas, ¿puedes jugar con nosotros un rato?

- Ahora mismo no puedo, cariño. Pero te prometo que voy en un rato.

*Las niñas de cinco años pueden ser tan consentidas a veces.* Aunque Toño estaba feliz. Su mamá siempre cumple todas sus promesas. Es su superhéroe favorita. Antes, Marcela debía ir todo el día a una oficina, pero durante la cuarentena trabajó en casa, y cuando esta acabó, la empresa decidió mantener el teletrabajo para la mayoría de los empleados. Esto es lo mejor desde el punto de vista de sus hijos, porque Marcela intenta todos los días escaparse un rato y jugar con ellos.

Vicky y su hermano pasaron el resto de la tarde en su cuarto, sin saber lo que se venía. María les dio gelatina, pero de cuadritos, y no de mora. El lobo salió; como hace todos los jueves, pero dejó la puerta de su guarida cerrada con llave. Y Toño estaba seguro de que la ventana

también, aunque no ha podido ir a revisar. María es aliada del lobo y los ha tenido vigilados toda la tarde.

A las cuatro, Marcela se une, tal cual había prometido. Ayuda a Vicky a colorear, mientras Toño lucha sin tregua contra unos malvados piratas que querían secuestrar a la reina y a la princesa. A las cinco y doce de la tarde, Toño tenía la certeza de que esta es la mejor tarde de su vida. Hasta que el teléfono de mamá sonó y ella sale a contestar la llamada.

Cuando Marcela regresa a la habitación, treinta y siete segundos más tarde, se le ve muy nerviosa.

- Mami, ¿Quién era?

- Toño, por favor busca a María y dile que venga. Necesito que se quede con ustedes. Tengo que salir. Algo le pasó a la abuela.

El lobo estuvo tres días en el hospital. El día que volvía, mamá se los había anunciado en la mañana. Esa tarde, Vicky lo convenció de había que recibirla con pasteles. Desafortunadamente, María los sacó de la cocina.

- No hay poder humano que me haga permitirles acercarse a este horno. ¡Fuera de aquí, los dos!

Así que Toño y Vicky mojaron una parte del patio con poco pasto, y estaban haciendo los pasteles con arena mojada.

Los pasteles de Vicky eran redondos. Casi perfectos. Los hace con cuidado y amor. Los de Toño, eh, ligeramente menos perfectos.

- Toño, si no vas a hacer las cosas bien, mejor no hagas nada.

*Las niñas de cinco años son tan groseras a veces.* Mientras Vicky decoró los suyos con pedazos de césped, en patrones delicados, los de Toño estaban cubiertos con piedras en desorden.

- Podrías haber tirado las piedras a lo loco y te hubiesen quedado más lindos.

- ¡Déjame en paz! Sabes que soy malo en la cocina. ¡Si te vas a burlar no te ayudo!

- Creo que mejor le damos solo los míos.

Una vez los niños terminaron su labor – Vicky hizo pasteles, Toño observó – los cargaron hasta el interior de la casa.

- Niños, están hechos una mugre.

María no se veía para nada contenta.

- Tenemos unos regalos para cuando vuelva el lobo.

- Su abuela ya llegó. La están instalando en su habitación. El doctor está con ella.

Toño corrió de inmediato hacia la guarida del lobo.

- ¡Toño! ¡Vas a ensuciar toda la casa!

Marcela estaba sentada en el borde de la cama, su mano agarrando la del lobo, cuando Toño entró en la habitación. Un hombre alto con barba, una bata blanca cubriendo su espalda ancha, daba instrucciones mientras Marcela escuchaba y asentía. El lobo dormía. Toño no pudo evitar notar como el lobo se veía más viejo. Más débil. Como, en medio de su sueño, daba la sensación de estar respirando con dificultad.

- ¿Mami?

- Toño, mi amor. Pasa, con cuidado, que la abuela duerme. Este es el doctor Vela. Él va a estar tratando a la abuela acá en casa.

- Mucho gusto, jovencito.

El doctor sonrió, y se agachó para estrechar la mano de Toño. Extendió un brazo musculoso hacia él. Toño no extendió el suyo; dio media vuelta y salió de la habitación corriendo.

Ese fue el momento que dio pie a los sucesos que lo llevaron a estar aquí: escondido en una caja en el garaje, mientras su mamá, colérica, lo amenaza con castigarlo hasta los dieciocho años si no da la cara. Pero él no tenía forma de saber eso entonces. Entonces, sólo pensaba en que debía encontrar a su hermana.

Vicky estaba en la cocina, terminando de traer los pasteles.

- Hermano, ¿por qué tienes esa cara?

Toño hizo señas para que se callara, y lo siguió al patio. Una vez estuvieron los dos solos, la miró fijamente y le anunció su terrible descubrimiento.

- Hermana, tenemos un problema. El leñador está aquí. Se está haciendo pasar por doctor, y ha venido a matar al lobo.

Al principio, Vicky no creyó. Fue hasta esa noche, cuando mamá les dijo que el lobo estaba despierto, y que los quería ver.

Vicky entra el cuarto corriendo y se lanza sobre la cama.

- ¡Vicky! Ten más cuidado.

- Déjala, Marcela. No pasa nada – dijo el lobo, aunque en la cara se notaba que estaba aguantando dolor.

Toño se acercó lentamente y tomó su mano, como había visto que su mamá había hecho en la tarde.

- ¿Cómo te sientes?

- Mejor, mi amor. Ahora que me están visitando.

Vicky intentó abrazarla.

- ¿Te duele si hago esto?

- No. Me mejora, incluso. Dale unos besitos al lobo. Así, princesa. Que rico esos besitos a la abuela.

Toño apretó. La miró fijamente. Sus labios temblaban, pero es un niño grande de ocho años, y no se iba a poner a llorar.

- Alela, ¿puedes ir a mi cuarto y jugar con nosotros? – pregunta Vicky.

- No, mi amor – responde Marcela – La abuela tiene que guardar reposo y permanecer en cama hasta nuevas órdenes del médico.

- Ese médico – interviene Toño – parece que fuese otra cosa y no médico.

- Sí. Actor de cine. – responde el lobo riendo.
- Parece un leñador.
- Sí, mi amor. Ahora que lo dices, tienes razón.
- Bueno, niños. Suficiente. La abuela necesita descansar. Mañana la pueden visitar de nuevo.

Más tarde, ya solos en su cuarto, Toño le dijo a su hermana:

- ¿Sí ves? El lobo también sospecha.
- ¿Qué vamos a hacer, hermanito?
- No te preocupes. Tengo un plan. Vamos a salvar al lobo feroz.

El plan era simple. Vicky crearía una distracción, y él se encargaría del resto. Todo lo que necesitaban era el disfraz de princesa de Vicky, y unas armas secretas que Toño había descubierto hace unas semanas en el garaje.

A las cuatro de la tarde, cuando el enemigo llegó, los niños tenían todo preparado. Vicky estaba lista, y en uniforme. María acababa de invitar al leñador dentro de la casa, y mamá estaba saliendo a recibirlo cuando Vicky sale de su cuarto, cantando “Libre soy” y con una arma secreta en cada mano: unas latas de espuma en aerosol.

- María, María, ¿hacemos un muñeco de nieve?

La escena era de caos absoluto. Vicky acertó cada blanco. *Las niñas de cinco años tienen excelente puntería.* La risa de Vicky se ahogaba en los gritos de María y Marcela. Los zapatos, la bata, y el pantalón del leñador estaban empapados con la espuma.

- ¡Mira mami, soy una princesa!

Siguiendo el plan, Vicky corrió hacia la guarida del lobo, siendo seguida por María.

- ¡Niña! ¡Ven para acá!

Marcela, visiblemente apenada, con la cara roja de la vergüenza, intenta ver como ayuda al médico.

- Doctor Vela, lo siento mucho.

- No te preocupes. Así son los niños. ¿Me prestas un baño para secarme?

- Por supuesto.

Mientras Marcela lleva al leñador al baño, y busca una toalla limpia que prestarle, Toño sale rápidamente de su habitación y toma el maletín que el leñador había abandonado sobre la mesa. Vuelve a su cuarto rápidamente, y por la ventana, sale al patio a enterrar el contenido en un hoyo que había cavado con anterioridad. Una vez terminada la misión, fue a esconderse al garaje. Donde ahora se encuentra. Esperó quince minutos, hasta que sintió los pasos de su mamá cerca.

- Tu hermana no quiere decir por qué hizo lo que hizo. Eso significa que fue todo idea tuya. No te vas a quedar sin ser castigado, José Antonio. Pero mientras más te demores, más largo será el castigo.

Toño no se atrevió a salir. Esperó cuarenta minutos hasta escabullirse de nuevo al patio. Su ventana estaba cerrada, pero la que lleva a la guarida del lobo, no.

- Ya te vi. Entra. – dice Marcela el interior de la habitación. – Me vas a decir que fue todo ese show que armaste con el maletín del doctor.

Avergonzado, Toño entra a la guarida. Camina hasta su abuela y su madre. Calla por varios segundos. Finalmente, las palabras y las lágrimas salen como una avalancha.

- Lo siento, abuelita. Lo siento, mami. No encontré las piedras.

- ¿Qué piedras?

- Las del leñador. Pensé que las tendría en su maleta. No quiero que las meta en el estómago del lobo y la tire al río.

- No llores, mi amor. Calma.

- Yo soy el hombre de la casa y tengo que cuidar que no les pase nada, y fallé.

Por más que lo intentara, Toño no podía dejar de llorar. Abrazó a su abuela con fuerza.

- No quiero que ese leñador te haga daño.

Marcela se acerca a su hijo, y, con una mano en su hombro le indica que se voltee a mirarla.



- Mi amor, dejemos que la abuela descanse. Vamos a comernos un helado.

- Marce, creo que es mejor que le digas lo que está pasando.

- Mamá, ahora no, por favor.

Al escuchar la voz de su madre, Toño se da cuenta que ya no es el único llorando en esa habitación.

- ¿Decirme que? ¿Mami? ¿Por qué no me respondes?

- Mi amor, tu siempre dices que yo nunca te miento, y no quiero empezar hoy.

- Dile, nena. Sin asco.

- La abuela ero la abuela está muy enferma, mi amor. Venía enferma de un tiempo y nos dimos cuenta muy tarde como para poder hacer algo. El doctor Vela está cuidando que tenga unas últimas semanas sin dolor y con tranquilidad.

- No. No lo permitiré. Voy a salvar al lobo feroz como sea. Buscaré un mago. Que le dé una poción. Lo juro. Te lo juro, abuela.

- No digas bobadas, José Antonio. Tu entiendes muy bien lo que es real y lo que no. Y ahora necesito... Necesitamos, que te comportes como el niño grande que dices ser. Quiero pasar los días que me quedan aquí, en mi casa, con mi hija y con mis nietos.

- Pero, abue..

- Pero nada. No le vas a decir nada a tu hermana, y vas a jugar conmigo, y vas a dejar a ese monumento de médico tranquilo, que me lo vas a espantar y quisiera pasar mis últimos días en la tierra viendo cosas bonitas.

- Yo solo quiero que tú estés bien.

- Y lo estoy. La muerte es algo inevitable y ya hice mi paz con ella. Es algo con lo que vas a tener que aprender a vivir. Y es normal que estés triste. Y es normal que me extrañes. Y vive esas emociones, sin pena. Pero pasarán, y siempre tendremos estos recuerdos, y tu sabrás todo lo que te quiero, así como yo sé todo lo que me quieres. Y después de un tiempo, eso será suficiente, y cuando te acuerdes de mí, será con alegría, y no con tristeza.

- ¿Estás segura?

- Eso fue lo mismo que nos dijo a mí y a mis hermanas el día que murió el abuelo – Marcela interviene – y así fue, Toñito.

- Tu mamá fue muy valiente. Y tus tías también. Y yo necesito saber que tú, mi hombrecito, vas a ser tan valiente como ellas.

- Sí, abue. Prometo ser tan valiente como una mujer. – respondió Toño con solemnidad. El lobo acarició la cabeza de su nieto con cariño y lágrimas en los ojos.

- Sé que así será. Pero hay algo más que quiero decirte: ya que estás prometiendo cosas, ¿podrías prometerme que no vas a seguir comiéndote mis gelatinas?